

Roger Clarke

La historia de los fantasmas
500 años buscando pruebas

Traducción del inglés de
Julio Hermoso

 Siruela

El Ojo del Tiempo

Índice

Listado de ilustraciones	11
La historia de los fantasmas	
Mis casas encantadas	15
Taxonomía de los fantasmas	31
El diván visible: una breve historia de la caza de fantasmas	40
Una casa encantada hasta los cimientos	50
Una especie de América	83
El Diablo de Mâcon	99
Nos adentramos en la escala de Epworth	104
La aparición de la señora Veal	116
El ritual de las historias de fantasmas	129
El novedoso teatro de la señorita Fanny	139
Unas sanguijuelas y el espejo del cerebro	155
Sobre la vulgaridad de los fantasmas	172
La vibrante emoción de las mesas	188
Ángeles en los cielos y demonios en las profundidades	213
La Dama de Marrón de Raynham Hall	236

Para mi madre, Angela H. Clarke, quien sí vio un fantasma.

Listado de ilustraciones

1. Boceto a lápiz de Knighton Gorges con el aspecto que podría haber tenido
2. El dormitorio encantado de Sawston Hall
3. La calavera aulladora de Bettiscombe House
4. Harry Price, el más conocido de los cazadores de fantasmas ingleses del siglo xx
5. Hans Holzer, el investigador del Horror de Amityville
6. Joseph Glanvill, cazador de fantasmas oficial del Estado inglés
7. Grabado de William Faithorne del Tamborilero de Tedworth con algo más que un simple tufillo a azufre
8. Frontispicio del *Saducismus Triumphatus* de Glanvill
9. La rectoría de Epworth, en Lincolnshire, donde pasó la infancia John Wesley
10. Frontispicio de *La aparición de la señora Veal*
11. M. R. James hacia el año 1900 © Hulton Archive / Getty Images
12. La habitación fantasma, Cock Lane
13. «Credulidad inglesa, o el fantasma invisible»
14. Reacción de Hogarth ante el fantasma de Cock Lane
15. El Barón Fantasma investiga a Eva Carrière en 1909
16. Figura de cera de la señora Manning en Madame Tussauds (Londres)
17. Un grabado del fantasma de Hammersmith
18. Daniel Dunglas Home posa como Hamlet
19. La médium Florence Cook hace que se materialice su espíritu, Katie King, en casa de William Crookes
20. Una representación humorística de una médium, la señora Guppy, sujeta por unos espíritus
21. El submarino maldito
22. Ilustración de Arthur Forrestier de los Ángeles de Mons, extraída de *Illustrated London News*
23. La famosa fotografía de la Dama de Marrón de Raynham Hall
24. David Brewster
25. Ted Serious
26. Un pasillo de la rectoría de Borley
27. Plano que hizo Glanvill de la planta baja de Borley
28. El fantástico ladrillo volante
29. La pintada «Marianne»
30. Un grabado que muestra cómo funcionaba el fantasma de Pepper

31. *Of Ghosts and Spirits Walking by Night*, de Lewes Lavater
32. Un fantasma de *A Treatise on Spectres*, de Pierre le Toyer
33. *Wesley's Ghost*: un panfleto de 1846
34. Houdini muestra algún detalle interesante al fantasma de un sombrío Abraham Lincoln

La historia de los fantasmas

Mis casas encantadas

*Oh, muerte, mece gentil mi lecho
y tráeme el descanso silente,
que mi espíritu hastiado, inocente,
abandone la prudencia de mi pecho.*

ANA BOLENA lo escribió, según se dice,
en la Torre de Londres antes de su ejecución

Había una mujer muerta al final del pasillo. Jamás llegué a verla, pero sabía que estaba allí. El pasillo se encontraba en lo alto de las escaleras y giraba a la izquierda hacia la habitación desocupada y el dormitorio de mis padres. El fondo siempre estaba en penumbra. Me desagradaba mucho aun en pleno verano. Al regresar de la escuela del pueblo a media tarde estaba solo en casa, y todos los días retrasaba el momento de subir las escaleras, hasta que emprendía una carrera alocada camino de mi cuarto, con los ojos cerrados con todas mis fuerzas y las manos frías.

Vivíamos en una antigua rectoría del siglo xvii, una casita de campo con el techo de paja, rosales que crecían descontrolados por la fachada oeste y unos antiquísimos muros en el jardín. Era la década de los sesenta, y la isla de Wight seguía siendo una Inglaterra que Thomas Hardy habría reconocido. De un ruralismo inmemorial. La escuela del pueblo cerraba durante la feria agrícola anual: los padres de muchos de los niños trabajaban en el campo.

En el colegio, la señora que nos servía la comida solía contarnos historias. Algunas me calaron, como la del fantasma de un centurión romano en un bosque en las inmediaciones de Bembridge, o la del espectral jinete que se hundía en las marismas cerca de Wolverton, un lugar atravesado por un arroyo de aguas claras al que solíamos ir de excursión.

Comencé a devorar libros sobre el tema. Una de las cosas más intrigantes que aprendí, tal y como se repetía una y otra vez, fue que

en Inglaterra había más fantasmas por kilómetro cuadrado que en cualquier otro país del mundo. Ahora bien, ¿por qué?

Al percatarse de mi creciente fascinación por la materia, mi madre mencionó que había visto el fantasma de una mujer al final de aquel pasillo en lo alto de las escaleras. Una amiga, de visita, corroboró que también la había visto. El fantasma entró en la habitación cuando ella estaba tumbada en la cama. La pregunta surgió en el desayuno: «¿Quién es?». Fuera quien fuese aquella mujer, su energía parecía disiparse cuando se producía alguna alteración en la casa.

Aun así, perseveró en mi mente.

Cuando cumplí los quince nos trasladamos a vivir a un edificio aún más antiguo, una casa solariega que antaño perteneció a una abadía normanda; y también estaba encantada. El último rey pagano de la isla de Wight estaba enterrado en uno de los bosques de la colina cercana¹. Junto al estanque, un anciano tejo había crecido contra la rueda de un molino, como un dedo que se hinchase en el interior de un anillo nupcial. El panelado de una habitación estaba muy deteriorado. Había marcas con la forma de barcos de vela que los contrabandistas habían grabado en la caliza de un palomar medieval.

A veces se oía charlar a los fantasmas —un hombre y una mujer— dentro de la casa; era como si alguien se hubiese dejado la radio encendida. Los perros gruñían en dirección a un lugar específico de la cocina. También había fantasmas en el exterior. Al caballo de mi padre le asustaba la cantera de yeso que había a unos cientos de metros de distancia, en el prado de Shalcombe Down, donde se estrelló un hidroavión en 1957. Iba camino de Mallorca, lleno de parejas en su luna de miel; fallecieron cuarenta y cinco personas y, según me cuentan, a los caballos sigue sin gustarles aquella cantera. En lo alto, cerca de una hilera de abetos, hay toda una escombrera de hierros retorcidos bajo la hierba del bosque.

La habitación de invitados no era un buen lugar para dormir. Allí subieron a los cadáveres del siniestro por la escalinata de piedra del exterior y durante más o menos un día el lugar hizo las veces de morgue.

Pensaba constantemente en los fantasmas y en su búsqueda. Había montones de libros sobre gente que los veía, pero casi nada sobre qué podían ser. Algunos fantasmas parecían conscientes de la presencia de los vivos, otros no. Empecé a cartearme con los autores de aquellos libros que leía con tanta pasión.

¹ La isla de Wight fue la última región de Inglaterra que se convirtió al cristianismo, en el año 686 d. C.

Uno de ellos era el cazador de fantasmas Andrew Green, quien creía que los fantasmas o bien los provocaban campos eléctricos en el cerebro, o bien eran campos eléctricos en sí mismos. Green era un humanista que destacaba por su bienintencionada incredulidad, y se convirtió en el arquetipo literario del intelectual escéptico asediado por unos fantasmas reales en los que no cree. Mantuve también correspondencia con Peter Underwood, autor de docenas de libros sobre fantasmas, quien acabó citando algunas de mis teorías en su autobiografía, *No Common Task* («Una tarea fuera de lo común», 1983). Siendo un adolescente, me encontré con mi nombre en el apartado de agradecimientos de libros tanto de Green como de Underwood, por aquel entonces los dos cazadores de fantasmas más conocidos de toda Inglaterra. Con catorce años me convertí en el miembro más joven de la Society for Psychical Research (Sociedad para la Investigación Psíquica), a propuesta de Andrew Green.

Sin embargo, continuaba sin ver un fantasma con mis propios ojos. Estaba empezando a ser un tanto tedioso.

Entre 1980 y 1989 visité cuatro lugares que se decía que estaban encantados: la Torre de Londres, Knighton Gorges en la isla de Wight, Sawston Hall en Cambridgeshire y Bettiscombe House en Dorset, famosa por su calavera aulladora.

La Torre de Londres era y sigue siendo una zona de muerte. De noche, hiede a muerte. Bajo sus cimientos descansa la cabeza cercenada de un rey mítico². El edificio original, la Torre Blanca, se erigió en 1077 a base de trabajos forzados y con la malévola intención de intimidar a la población londinense. La Torre de Londres fue una residencia real durante gran parte de su historia; después se convirtió en una cárcel, en especial para los condenados por traición, con celdas de distintas categorías que iban desde los aposentos de Ana Bolena hasta la famosa celda conocida como Little Ease, de «escasa comodidad», un espacio donde el prisionero no cabía de pie ni tampoco tenía ocasión de tumbarse. Vivía allí en tiempos medievales un matrimonio de herreros: él fabricaba los instrumentos de tortura; ella, los grilletes y las esposas.

Durante el día es un enclave turístico *kitsch* que goza de una gran popularidad; durante la noche, unas instalaciones de alta seguridad custodiadas por miembros regulares del Ejército británico. Los avistamientos de fantasmas son comunes dentro de la reducida comunidad que vive allí. En 1957, un guardia galés apellidado Johns vio una silueta informe sobre la Torre de la Sal a las tres de la madrugada,

² El rey Bran. Se dice que los cuervos de la Torre son suyos.

que surgió lentamente en el aire frío y húmedo con el rostro de una joven. Un oficial de su regimiento comentaría más adelante: «El guardia Johns está convencido de haber visto un fantasma. En nombre del regimiento, nuestra postura es “Muy bien, dice usted entonces que ha visto un fantasma; dejémoslo ahí”».

Solo se ha escrito un libro sobre los fantasmas de la Torre de Londres, obra de un Yeoman Warder^{3*} llamado George Abbott que sirvió durante treinta y cinco años en la RAF como suboficial antes de lucir el típico uniforme Tudor de la guardia de la fortaleza en 1974. Abbott escribió cuatro libros sobre distintos aspectos de aquellas instalaciones, el más conocido de ellos sobre los instrumentos de tortura, y después de jubilarse aparecería de manera ocasional en documentales sobre la tortura, luciendo una larga y resplandeciente barba de custodio, para aportar datos tan asépticos como escalofriantes.

En un atardecer del otoño de 1980, con dieciséis años, me encontraba ante la Torre del Medio, que da acceso a la fortaleza, justo cuando se acababan de marchar los últimos de los centenares de visitantes diarios y se cerraban las puertas. Allí me estaba esperando George Abbott, y entramos. Estaba oscuro. Tenía la fortaleza una etérea inmensidad que no me esperaba. Sin turistas, quedaba suspendida en el tiempo. Cerca de la Torre de la Campana, un centinela nos dio el alto y nos pidió que nos identificásemos antes de acceder a través de las apestilladas puertas de la Torre Sangrienta. Nos encontrábamos en una especie de penumbra, sin más luz que los fosforescentes focos de seguridad blanquecinos de la zona ajardinada, que proyectaban un espectáculo de sombras de árboles mecidos por el viento sobre las viejas murallas, al estilo de una linterna mágica. Abbott señaló hacia un rincón oscuro donde podrían haber yacido los pequeños príncipes Plantagenet antes de que sus asesinos entrasen desde las almenas. Me quedé mirando la puerta. Todo el tiempo parecía a punto de abrirse. Gran parte de la historia de un fantasma es la propia expectación.

Tuve la misma sensación expectante cuando nos encontrábamos en el exterior, en una de las vías empedradas, y Abbott me mostró un lugar próximo a la Torre Martin donde una vez apareció el fantasma de un oso detrás de la puerta de la sala de las joyas de la Corona para

^{3*} Conocidos como Beefeaters, son los custodios del Real Cuerpo de Alabarderos del Palacio Real y Fortaleza de la Torre de Londres. Aunque su tarea más popular es la de hacer de guías turísticos de la Torre de Londres y custodiar las joyas de la Corona, su oficio ha sido históricamente el de carceleros. Se trata de un puesto de honor dentro del Ejército británico al que solo se puede acceder tras superar los veintidós años de profesión con una hoja de servicios impoluta. Viven con sus familias en la fortaleza.

enfrentarse a uno de los guardias. Lo observé casi como si aguardase a que diera comienzo el espectáculo, pero no sucedió nada. El viento continuaba soplando entre los árboles y seguían encendidas las im- placables luces como si fueran focos de un estadio que alumbrasen un campo de muerte en el que el césped bien cuidado cubriese el lecho de una verdadera masacre. Un técnico afinaba el órgano de la capilla de San Pedro ad Vincula. El instrumento jadeaba una sucesión de acordes indomables y generaba el efecto de una intensidad gótica que se acrecentaba por momentos.

En la cripta, Abbott me enseñó una tumba del tamaño de un microbús encastrada en un lateral, a lo largo de toda una pared. A la mayoría de los prisioneros de la Torre los sacaban al exterior para ejecutarlos, pero a pesar de ello todavía quedaban muchas desapariciones sin explicación. La silueta de la barba de Abbott se posó en la piedra pulida como aquella imagen de Iván el Terrible en la película de Eisenstein. «Había que llamar a la policía cada vez que alguien intentaba plantar un rosal», me contó. «Siempre aparecían restos humanos, así que hace ya un tiempo que decidimos excavar una zona amplia y acabar con esto de una vez por todas; se reunieron una tonelada de huesos, más o menos, y se les dio cristiana sepultura».

Tras su ejecución a apenas unos metros de distancia, Ana Bolena fue enterrada bajo el altar de esta capilla. En 1882 alguien publicó un libro bajo el pseudónimo de Spectre Stricken, «asediado por espec- tros», que contenía el relato de otro soldado que había visto luces en la capilla de San Pedro. En lugar de entrar (obviamente, estaba al tanto de los rumores), buscó una escalera de mano y se subió a ella para mirar desde fuera al interior de la capilla, que encontró ilumina- da por una especie de irradiación espectral: «Lentamente, recorría el pasillo una procesión señorial de damas y caballeros con ropas an- tiguas, encabezada por una mujer elegante cuyo rostro no alcanzaba a ver, pero su imagen recordaba mucho a la que él mismo había visto en supuestos retratos de Ana Bolena. Tras recorrer la capilla varias veces, desapareció la procesión entera junto con la iluminación».

En otro incidente, en 1864, un centinela le dio el alto a una silueta blanca que se acercaba caminando hacia él y que también vieron otras dos personas que observaban desde la Torre Sangrienta, afortuna- damente para él, ya que el centinela fue sometido a un consejo de guerra bajo la acusación de haberse quedado dormido mientras esta- ba de servicio. Cuando cargó contra aquella forma con su bayoneta, el guardia recibió una descarga que le hizo perder el conocimiento. Otros centinelas se habían llevado un susto provocado por unas muje- res decapitadas en los alrededores de la Torre Sangrienta, y también por un ente indescriptible que los siguió arriba y abajo durante su

ronda desde el río Támesis por la entrada de Sally Portal. En 1978, otros dos recibieron una lluvia de piedras desde unas almenas que estaban clausuradas y a las que era imposible acceder.

En la noche de un sábado de 1817, el señor Edmund Lenthal Swifte —guardián de las joyas de la Corona cuyo taciturno retrato, obra de John Opie, puede verse en la página web de la galería Tate Britain— ofrecía una cena en la Torre Martin. Funcionario de la Torre de Londres promocionado por el duque de Wellington, Swifte era un antiguo abogado irlandés y poeta menor —aunque publicado— que se casó cuatro veces y tuvo veintiocho hijos. Y también le fascinaban los fantasmas.

Aquella noche, en lo que él denominó de un modo imaginativo como «la hora bruja», las tres puertas de la habitación estaban bien cerradas y las cortinas echadas cuando el guardián se sentó con su mujer, su cuñada y su hijo de siete años. Se decía que aquella estancia, con paredes de casi tres metros de altura, había sido la celda de Ana Bolena. La chimenea sobresalía mucho hacia el interior de la habitación, y sobre ella colgaba un óleo.

Swifte se sentó de espaldas al fuego y, justo cuando se llevaba una copa de vino a los labios, su mujer gritó: «¡Por Dios santo!... ¿Qué es eso?». Suspendido sobre la mesa alargada había lo que él describió como un cilindro translúcido de unos ocho centímetros de diámetro, y, en su interior, un color blanco y azulado que se entremezclaba en un flujo constante. Aquello se desplazó hasta la espalda de su mujer y ella se encogió para apartarse, conforme exclamaba: «¡Cristo bendito! ¡Se ha apoderado de mí!». Impactado, Swifte reaccionó, se puso en pie de un salto y le lanzó la silla a aquella cosa en el preciso instante en que esta cruzaba sobre la mesa y se desvanecía por el hueco de una ventana. Swifte salió disparado de la habitación y llamó al servicio. «Aun ahora, mientras escribo, siento el vivo horror de aquel momento», escribió más adelante. «El asombro de todo esto se ve aumentado por el hecho de que ni mi cuñada ni mi hijo presenciaron esta aparición»⁴.

La Torre de Londres fue un epicentro de tortura y muerte durante mil años, así que tal vez no sea tan sorprendente que su propio tejido se haya empapado de ello. En un momento concreto del reinado de Eduardo I, por ejemplo, se hacinó a seiscientos judíos en diversas mazmorras, incluso en las jaulas de los animales. Con todo, algunos de los fantasmas de la Torre son más sutiles: un bebé que llora, una mano en el hombro al sentarse en un cuarto de baño, el olor a incienso y a sudor de caballo que parece surgir de la nada, el

⁴ *Notes and Queries*, 8 de agosto de 1860.

sonido de las sandalias de un monje que golpetean contra el suelo alfombrado como si estuviese caminando por él; pero el resto forma un retablo sangriento. No hace mucho, en los años setenta, se oyeron gritos que provenían —se sugirió— del fantasma de Elizabeth Pole, condesa de Salisbury, que echó a correr por el patíbulo en la zona ajardinada de Tower Green perseguida por el verdugo, quien acabó por derribarla a hachazo limpio.

Otra de las casas encantadas de mi vida se encontraba más cerca de la mía. Aproximadamente en la misma época en que mantenía correspondencia con George Abbott, me obsesioné con un lugar a unos pocos kilómetros de donde yo vivía. Atravesé las colinas montado en mi motocicleta Suzuki de color rojo y, en cuestión de minutos, allí estaba yo ante los abandonados y ruinosos pilares que sostenían la verja de entrada de Knighton Gorges. No es que la casa estuviera encantada: el fantasma era la propia casa, un edificio señorial antiquísimo demolido a comienzos del siglo XIX en un acto de puro rencor.

Esta es la historia con la que yo crecí. La casa, en su origen un pabellón de caza sajón que utilizaba el conde Godwin antes de la conquista de los normandos, tenía un tejado musgoso hecho a base de gruesas losas de piedra caliza de Bembridge. Estaba amortajada por la hiedra. En su esquina nororiental se alzaba una torre que tenía una sala encantada conocida como la «habitación de las lágrimas». Fue allí donde murió, en el siglo XIV, un noble de una casa vecina a causa de las heridas sufridas al combatir las incursiones francesas que convirtieron la isla de Wight en un lugar casi inhabitable en aquel periodo.

Me encantaba aquel relato, pero resultó que no era cierto, ni remotamente. No obstante, Knighton tenía sin duda su historia: su primer propietario fue uno de los caballeros que mataron a santo Tomás Becket, Hugo de Morville: templario, cruzado y excomulgado cuyos restos descansan en la mezquita de Al-Aqsa, en Jerusalén. La finca pasó a ser propiedad de los Dillington, que la rehabilitaron y levantaron aquellos pilares de la verja tan rústicos y rematados con su escudo de armas del león antes de que Knighton cayese en manos de un jovial viditor, George Maurice Bisset, en la década de 1780.

Bisset adquirió una notoriedad aún mayor cuando huyó con la esposa del gobernador de la isla de Wight. Cuenta la leyenda que cuando la hija de Bisset se casó en contra de la opinión paterna, este juró que la joven jamás volvería a poner los pies en aquella casa, y se aseguró de que así fuese, derribándola. En 1821, sifilítico, envenenado por mercurio y trastornado, hizo que trasladaran su cama a la caseta del



1. Un boceto de Knighton Gorges de comienzos del siglo XIX en el que se aprecia la «habitación de las lágrimas», el rectángulo de mayor tamaño en la parte superior de la torre.

jardinero, mandó llamar a unos demolidores y vio con satisfacción cómo echaban la casa abajo.

Es otra buena historia, pero la casa, en realidad, se quemó por completo entre 1815 y 1816. Bien pudo haber sufrido serios daños estructurales cuando un inmenso corrimiento de tierras provocó un terremoto en la costa sur de la isla unos pocos años antes. No se reconstruyó. Tras su destrucción, Bisset se trasladó primero a Shepton Mallet y después a la residencia de la familia Bisset cerca de Huntly, en Aberdeenshire, que había heredado hacía no mucho tiempo. Sería enterrado en el panteón familiar en Lessendrum y sus hijas jamás fueron desheredadas.

Muchos de los aspectos de lo que la mayoría de la gente acepta como la historia clásica los describió por vez primera Ethel C. Hargrove, autora de dos guías sobre la isla de Wight. Ethel tuvo dos experiencias en Knighton Gorges, una de ellas en la Nochevieja de 1913 a 1914, cuando al llegar la medianoche oyó «una maravillosa manifestación auditiva del canto de una soprano [...] y en último lugar unos refinados y primorosos aires de minueto».

Dos años más tarde volvió a organizar la misma vigilia de Nochevieja, y volvió a plantarse ante la antigua verja a la espera de ver qué sucedía, con una amiga que afirmó que había podido ver una «casa cuadrada y blanca con la parte baja cubierta de hiedra», además de a

invitados que llegaban y a un hombre ataviado al estilo del siglo XVIII que proponía un brindis por el año entrante. Se diría que la música es un elemento temático de esta aparición, junto con los ruidos del ladrido de los perros y las ruedas de los carruajes. Por lo visto, la casa original no tuvo nada de aquella blancura georgiana; es más, el salón principal, lugar donde se habría celebrado cualquier fiesta, se hallaba en la primera planta y no en la planta baja, y tampoco había ventanas en voladizo, tal y como se describían. Fuera lo que fuese lo que vio aquella noche la compañera de Ethel, no es desde luego la casa que aparece en los grabados populares.

Dos párrocos locales le dieron un poco más de vitalidad a la historia. Francis Bamford, entusiasta anticuario, se inventó una historia de un salto en el tiempo protagonizada por una muchacha llamada Lucy Lightfoot, quien se enamoró de la estatua de la tumba de un caballero templario en la iglesia de Gatcombe y, durante una terrible tormenta con aparato eléctrico, se las ingenió de alguna manera para viajar atrás en el tiempo y estar con él. La verdadera efigie de madera en la que esta historia se basa procede casi con toda certeza de las descripciones del demolido oratorio medieval de Knighton. El otro narrador con alzacuello fue un tal R. G. Davies, quien en un periódico publicado por el Club de Campo de Hampshire menciona la habitación de las lágrimas y la tradicional música fantasmagórica⁵.

Los detalles de la visión fantasmal de Knighton en 1916 recuerdan a la conocida experiencia que dos académicas eduardianas —Charlotte Anne Moberly (1846-1937) y Eleanor Jourdain (1863-1924)— na-

⁵ El clero siempre mostró interés por Knighton Gorges y por su último propietario, George Maurice Bisset, al cual se hace referencia en uno de los tratados religiosos de mayor difusión en la era victoriana, *La hija del lechero*, de Legh Richmond, un diácono de Brading —también en la isla de Wight— que fue a Knighton a visitar a una de las criadas de Bisset, una muchacha tísica llamada Betsey Wallbridge que se encontraba en proceso de convertirse en una especie de santa y cuya bondad y pobreza se ponían como ejemplo de la devoción previctoriana. En la época de la destrucción de Knighton Gorges, Richmond era capellán del duque de Kent, padre de la reina Victoria.

Se ha calculado que el tratado baptista de Richmond ha vendido unos cuatro millones de ejemplares y se ha traducido a diecinueve idiomas. Los turistas devotos que visitaban la tumba de Betsey Wallbridge bien podían haberse acercado a echar un vistazo a los restos de Knighton y a meditar concienzudamente sobre la maldad y la sofisticación de sus últimos propietarios y la vanidad de los ricos. Betsey es casi con toda certeza el modelo que utilizó Dickens para la desinteresada Nell Trent de *La tienda de antigüedades*; el propio Dickens menciona el tratado por el título en su posterior cuento de Navidad *Doctor Marigold*, publicado en 1865.

rraron y titularon *Una aventura en el tiempo*, publicada tan solo cinco años antes. Ambas mujeres creían haber viajado a la época de María Antonieta y relataron su experiencia en Versalles, donde tuvieron contacto con personajes y edificios ya desaparecidos (abundaremos en esto en el siguiente capítulo). Otra forma de salto en el tiempo es la leyenda de los Ángeles de Mons, ampliamente aceptada, según la cual los arqueros de la batalla de Agincourt de 1415 se aparecieron para ayudar a unas tropas británicas sitiadas en 1914. El hecho de que aquella experiencia en Knighton se produjera también en una época de guerra resulta significativo; tal y como veremos en capítulos posteriores, los tiempos de guerra parecen incrementar la tendencia a creer en fantasmas, y aquel momento de la Primera Guerra Mundial lo hizo de manera especial.

Sin embargo, la historia de Knighton se remonta mucho más atrás que aquel 1916, hasta otra escritora: Constance MacEwen. El salto a la fama de MacEwen se debió a la burla de la que fue objeto por parte de Oscar Wilde a causa de su profeminista réplica a Jerome K. Jerome, *Three Women in One Boat* («Tres mujeres en un bote»), el relato de una aventura de tres damas con su gato, Tintoretto, en barca de remos por el Támesis. En 1892, MacEwen publicó una empalagosa novela de amor histórica titulada *A Cavalier's Ladye* («La dama de un caballero») que pretendía ser el diario de una mujer del siglo XVIII llamada Judith Dionysia Dyllington.

Sin duda alguna, la isla de Wight está en el origen de su inspiración. MacEwen le dedicó el libro al fiscal general de la Corona, sir Richard Webster, que era además el representante de la isla en el Parlamento, y es bastante posible que en uno o dos días de relajados paseos por los senderos de la campiña cerca de la casa de este, recién construida en Luccombe, la autora llegase hasta Newchurch y allí conociese la tradición del folclore local sobre cierta casa desaparecida y su fantasmagórica reputación, y visitase las tumbas de los Dillington. Su novela cuenta con un prólogo titulado «Datos», que incluye detalles sobre unos esqueletos de gran tamaño desenterrados en el jardín de Knighton, testimonios sobre una música que se escuchaba y el relato de una ocasión en que se hizo venir a un sacerdote del pueblo cercano de Brading para exorcizar la casa. Con casi total certeza se trataba del recuerdo popular del clérigo Legh Richmond, quien escribió sobre su visita en *La hija del lechero*. Con el correr de los años, aquella historia habría permanecido en el vecindario y se habría ido tergiversando al pasar de familia en familia y de generación en generación. En capítulos posteriores volveremos a encontrarnos con esta forma de tradición oral entrando en acción una y otra vez.

La de Knighton Gorges sigue siendo una de las pocas historias genuinamente folclóricas todavía activas en Inglaterra. La gente se presenta allí cada Nochevieja con la esperanza de ver aparecer la casa. En este enclave abandonado e invadido por el matorral silvestre aún queda hueco para la imaginación. Qué más da que aquella casa jamás se consideró encantada cuando estaba en pie.

Para la gente que aparece por allí se trata de un lugar donde el velo que separa ambos mundos es muy fino. El fenómeno que se menciona con mayor frecuencia son los cortes eléctricos en los vehículos junto a la verja, seguido del relato de gente que oye música y caballos, y personas que ven los leones heráldicos restaurados en su sitio sobre los pilares de la cancela.

Para mi gran decepción, yo no he presenciado nada en Knighton, a pesar de haberme ofrecido en repetidas ocasiones para la experiencia y haberme acercado a todas las horas del día y de la noche, y bajo todas las condiciones climáticas posibles.

Un año antes de marcharme a la universidad me dediqué por fin de manera formal a la búsqueda de fantasmas. Cuando cumplí los once años, mi padre me regaló un libro titulado *Folklore, Myths and Legends of Britain* («Folclore, mitos y leyendas de Gran Bretaña»), que casi siempre tenía entre las manos. Copié a mano las historias y para los trabajos de la clase de dibujo copié sus aguafuertes, xilografías y linograbados. Una de las ilustraciones más fascinantes que contenía, entre sus muchas maravillas, era una fotografía de una cama isabelina con dosel y unos tapices detrás, en una habitación panelada, sombría y evocadora.

El pie de foto afirmaba que aquella era la habitación más encantada de toda Inglaterra. Decidí que yo mismo dormiría allí algún día. A falta de apenas un mes para mi decimonoveno cumpleaños, escribí al propietario de Sawston Hall, en Cambridgeshire. Me fui hasta allí en un crudo atardecer de enero, dormí en la cama y quedé, supongo, encantado.

No fui solo. Hablé con la Society for Psychical Research y ellos me pusieron en contacto con un miembro de la sociedad en Cambridge, Tony Cornell, una figura destacada en el mundo de lo paranormal y con un especial interés en los poltergeists. Cornell trajo consigo a un pequeño grupo de licenciados de Cambridge y esa noche acampamos todos en la casa, que —salvo por la famosa cama— había sido prácticamente despojada de todo mobiliario de cara a su nueva vida como escuela de idiomas.

Los ejércitos protestantes quemaron Sawston hasta los cimientos en 1553, durante el breve reinado de lady Jane Grey. Iban persiguiendo a María, la hija católica de Enrique VIII, que se había detenido allí



2. El dormitorio encantado de Sawston Hall: esta es la fotografía con la que yo estaba obsesionado a los once años. Ocho años después, dormí allí.

de camino hacia Suffolk; incendiaron la casa como represalia contra la familia católica de los Huddlestone, que le había dado cobijo. Sería luego reconstruida con fondos aportados por la propia reina María. La imagen que yo había visto —y la cama, que allí seguía a pesar de que los Huddlestone lo habían vendido todo al cabo de cuatrocientos años— era la de su cama. Al contrario que en el caso de la Gran Cama de Ware⁶, no era el propio lecho el que estaba encantado, sino que constituía algo así como el epicentro de aquella dramática historia.

Cuando llegué, tarde en aquel anochecer invernal, una gélida humedad se elevaba de las ciénagas de Cambridgeshire: buen clima para los fantasmas, y la temporada también. Harry Price, el cazador de fantasmas más famoso de Gran Bretaña, era de la opinión de que en el mes de enero hay más manifestaciones que en las épocas más tradicionales de la Navidad y el mes de diciembre.

Tony Cornell siguió la práctica habitual de asegurar la casa; cuando sales al campo, no son inusuales las bromas si los jóvenes de la

⁶ Supuestamente, esta cama enorme, mencionada tanto por Shakespeare como por Byron y trasladada de manera reciente desde el Victoria and Albert Museum a otro museo especial en Ware, se hizo para el rey Eduardo IV. Se dice que cualquier persona que no sea de sangre azul y se atreva a dormir en ella recibe la visita de su airado fabricante, Jonas Fosbrooke.

zona se enteran de que se lleva a cabo una búsqueda de fantasmas. Se cerraron con pestillo todas las puertas exteriores. Se realizó una búsqueda por la casa y se dio razón de todos los presentes. En la sala de estar se encendió un fuego con unos troncos en la enorme chimenea Tudor. Había un inesperado ambiente de seriedad en todo aquello, bien distinto del vodevil de las búsquedas de fantasmas televisadas de hoy en día. Estábamos entrando en comunión con los muertos.

Daba la sensación de que la casa se hallaba imbuida de teología, un punto crítico del enfrentamiento entre la creencia católica en los fantasmas y el escepticismo protestante. Los numerosos habitáculos ocultos tras las paredes habían puesto a salvo a los sacerdotes perseguidos durante las purgas protestantes del reinado de Isabel I; aquellos sacerdotes católicos sí habrían creído en los fantasmas, al contrario que los protestantes que los perseguían. Al desaparecer tras los paneles de aquellos muros, aquellos clérigos iban, en cierto sentido, camino de convertirse en fantasmas ellos mismos.

Nos estuvimos paseando toda la noche, unas veces juntos, otras por separado. No recuerdo mucho de las demás personas que estaban allí. En el pasillo conocido como Long Gallery coloqué un fragmento de cuarzo que llevaba encima siguiendo las instrucciones de una médium a la que había conocido en la isla de Wight. Con algo semejante a unos susurros, invité a los espíritus del lugar a utilizarlo para comunicarse con ella. Mientras estaba allí, hablando, me sentí como un tonto, pero de algún modo percibí un cambio en la elasticidad del aire.

Dormí a ratos, y no me metí en la cama, sino que me tumbé sobre la colcha sin dejar de mirar la rendija de luz bajo la puerta, que tenía fama de abrirse y cerrarse por su cuenta. Los fantasmas muestran un particular interés en las puertas y las ventanas; por qué motivo, nadie lo sabe. Creí oír entonces el sonido de los botes de la pelota de un niño.

Todo el mundo se metió en la habitación de madrugada, y allí permanecimos tumbados en los sacos de dormir. El antiquísimo sistema de calefacción lo tenía bastante difícil contra aquel frío húmedo. Al principio todo estaba en calma, pero me desperté hacia las cuatro de la madrugada tras oír unos golpes, unos toques suaves en secuencias ordenadas. Encendí una grabadora y volví a quedarme dormido. Continuaron los golpes, pero todos seguimos durmiendo. Cuando reprodujimos la cinta magnetofónica más adelante, entre los movimientos y las toses de los presentes surgieron otros sonidos más extraños: nada menos que tres notas tocadas con un instrumento de viento.

Nos despedimos todos aquella mañana y jamás volví a ver a ninguno de los presentes. Unos días más tarde, al regresar a mi hogar en la

isla de Wight, le llevé el fragmento de cuarzo a la médium, una mujer bien adentrada en la mediana edad que vivía en una casa de ladrillo en el soleado Undercliff de Ventnor y que ya había escrito varios libros sobre sus experiencias paranormales. La primera vez que nos vimos me contó cómo un espíritu le había rociado la ropa con «agua de violeta», un aroma que entraba de inmediato en descomposición y hedía a vegetación podrida en cuestión de minutos. Tuvo que quemar toda la ropa. Tras tener agarrado el cuarzo por unos instantes, la médium me lo devolvió. Estaba caliente, de un modo inusual, casi quemaba como una magdalena recién salida del horno; desde luego, se encontraba mucho más caliente de lo que estaría por el solo efecto del calor corporal. Era como si crepitase de energía. Ella cogió un bolígrafo y empezó a escribir velozmente y de forma automática.

Recuerdo el ficticio registro de época con el que escribió —«¡Soldadme, señor, vergüenza debería daros!»— y recuerdo la historia de una joven primero preñada y después asesinada por uno de los hijos de la casa.

En una llamada de teléfono, Tony Cornell me contó que los ruidos grabados en la cinta presentaban los sonidos invertidos o función rampa que se observaban en algunos casos de poltergeists: al analizarla, la onda sonora iba hacia atrás, algo que es imposible en la naturaleza. En los años ochenta aquello era lo último en parapsicología. Sin embargo, yo nunca llegué a escuchar la grabación. Fue objeto de un ensayo publicado en una edición de la revista trimestral *SPR Journal* de 1984; la grabación consta ahora como desaparecida.

Pasó el tiempo. Comencé a sentir un cierto apuro con mi obsesión y, poco a poco, otras pasiones fueron ocupando el lugar de los fantasmas. Sin embargo, unas Navidades —las de 1989— fui con unos amigos a pasar unos días a una casa que resultó ser otra de aquellas sobre las que había leído de niño: Bettiscombe House, en Dorset. La familia Pinney, que había vivido allí durante siglos, acababa de venderla. Prácticamente lo primero que hice nada más llegar en aquella tarde de diciembre fue subir al desván, donde la calavera aulladora de Bettiscombe se encontraba metida en una caja de cartón con una Biblia sobre la tapa. Se cuenta que era la cabeza de un esclavo africano que había jurado que su espíritu no descansaría hasta que su cuerpo fuera enterrado en su país natal. Sin embargo, la leyenda relata que se oían gritos por toda la casa y se producía actividad poltergeist siempre que se sacaba la calavera de la vivienda.

Más o menos un día después pillé la gripe y me metí en la cama a primera hora de la tarde. Hacia las cuatro, mis amigos subieron a verme. ¿Por qué andaba yo haciendo tanto ruido? Echaron un vistazo



3. La calavera aulladora de Bettiscombe House.

por la habitación. Sonaba como si hubiera estado arrastrando muebles, pero yo no me había movido de la cama en ningún momento.

Aquella noche me acosté en el dormitorio principal, donde el nuevo propietario de la casa había visto las siluetas de una mujer y una niña pequeña. Durante toda la noche tuve la sensación de que había gente entrando y saliendo, un ambiente muy ajetreado. A la mañana siguiente descubrí que mi amigo Matteo, compositor, se había pasado toda la noche en vela por culpa de un estruendo horrible de golpes como si —dijo él— alguien hubiera estado tratando de arrancar una chimenea con una palanca. De nuevo, yo no había oído nada.

Así llegamos al momento presente, y al motivo de que haya escrito este libro.

A la mayor parte de los fantasmas se los ve una sola vez, y nunca más. La mayoría de los avistamientos ni queda recogida por escrito ni se graba. Me encontré con que hay muy pocas historias genuinas de fantasmas con un comienzo, un desarrollo y un final; sin embargo, en este libro me he centrado en aquellas que funcionan como narración. A menudo me he topado con que me interesaba más la persona que lo veía que el propio fantasma. Al parecer, tenemos la idea de que, sean lo que sean los fantasmas, lo que intentan es aterrorizarnos. Cada uno responde de manera muy diferente ante el miedo. Tal vez no estén tratando de asustarnos, ni mucho menos. Quizá, tal y como sucede en la película *Los otros*, se hallen atrapados sin más en un

universo que ellos mismos han creado; es posible que nosotros no seamos más que sombras para ellos y que los encuentros entre ambos sean producto de confusiones infinitamente complejas.

La temática de los fantasmas se ha visto degradada por la desinformación y por quienes buscan el sensacionalismo puro y duro. El discurso no ha avanzado desde el siglo XVIII, y la mayoría de la gente, si es que cree en fantasmas, todavía piensa que sus manifestaciones suponen un encuentro con alguien que está muerto pero activo.

Sin embargo, las cosas han empezado a cambiar. Poco a poco se va descifrando la química cerebral y, tras décadas ignorando lo paranormal, el academicismo ha hallado un nuevo interés en la creencia en los fantasmas y en el folclore para retomarlos allá donde se quedó hace ciento cincuenta años. El discurso se encuentra ahora en plena renovación. En esta obra he incluido muchos trabajos académicos recientes, además de algo de material sobre las movilizaciones espontáneas de masas de gente en el Londres victoriano y los últimos descubrimientos en los archivos sobre el Tamborilero de Tedworth y la aparición de la señora Veal.

Afortunadamente, el debate se ha desviado de los esfuerzos por demostrar o desmentir la existencia de los fantasmas. Esa idea pertenece al Londres de la década de 1880. En un sentido básico, los fantasmas existen porque la gente no para de contar que los ha visto. Este libro no trata sobre si los fantasmas existen o no. Esta obra versa sobre lo que vemos cuando vemos un fantasma, y sobre las historias al respecto que nos contamos los unos a los otros.